

15 cuentos de
América Latina

Oswaldo Torres



EDITEX

Prólogo

El tiempo mágico

Mi tío abuelo Juan solía contarme cuentos y leyendas que, como estrellas resplandecientes, viajaron a lo largo de los años en la memoria de los hombres. Durante sus viajes como vendedor ambulante a través de todo el continente, recopilaba con una pasión infinita, en cada pueblo y aldea que cruzaba, aquellos relatos maravillosos que lo transportaban al «tiempo mágico». La época, el espacio de la vida donde todo es posible y donde los sueños más anhelados pueden convertirse en una exquisita realidad.

En aquel momento de mi existencia, mi tío abuelo Juan, me hizo escuchar el canto de las estrellas, viajar en varias ocasiones sobre la cola de un cometa, abrazar de alegría al cerro Sajama cuando encontró por fin a su amada, la montaña Huanapa; o llorar amargamente el día en que los hombres del pueblo de Cauquera desobedecieron las leyes del Padre Sol y éste se marchó a otro universo, sumiendo la Tierra en la oscuridad absoluta durante varios siglos.

El Tiempo Mágico es un espacio corto de nuestras vidas que tenemos que aprender a educar, alimentar y cultivar, porque, por muy irreal que nos parezca más tarde, a la edad adulta, regresará sin duda a nuestro encuentro en el momento del Amor —esta segunda infancia de nuestros sueños.

Empezaremos nuestro viaje en las pampas y las costas misteriosas de la Tierra del Fuego, con los indios Kaweskar, que a pesar de no existir hoy, puesto que fueron exterminados a principios del siglo XIX, nos han dejado muchas historias que narran su vida. Subiremos paulatinamente hasta el bosque austral de los Mapuches, para luego llegar al desierto de Acatama, donde los Likanantay nos contarán una bella historia de amor. También haremos una parada en los pequeños pueblos Aymaras, para encontrarnos, más tarde, con los Quechuas, conocidos también con el nombre de Incas. Nos dirigiremos hacia el Este, para adentrarnos en la gran selva de Chaco, cuyos habitantes son los Chiriguano. A continuación, nos desplazaremos hacia el Oeste, en pleno corazón de la Cordillera de los Andes, descubriremos el lago más alto del mundo: el mítico Titicaca, donde viven los indios Urus.

Así, viajando siempre en el Tiempo Mágico, atravesaremos América Latina desde el Sur hasta el Norte, y del Este al Oeste, a través de las palabras de la memoria. ¡Buen viaje!

Oswaldo Torres

1

Aquehuahuen



Era un tiempo muy, muy lejano, en la Tierra del Fuego, cuando las estrellas bajaban a hablar con los hombres selknam*, un hermoso pueblo de gigantes, únicos habitantes de estas regiones perdidas.

Entre ellos, una familia de pescadores conocidos por su extraordinaria habilidad y también por tener una hija llamada Craily, que era muy bella, se fueron a vivir en soledad a un lugar muy lejano, huyendo de todos los hombres que querían casarse con la joven.

Cada mañana, Craily salía muy temprano de su casa y se iba a pescar en las aguas frías del Océano Pacífico. Ella también era una hábil pescadora y cuando caía la noche y el cielo se cubría de nubes moradas, se la veía regresar a su hogar cargada con numerosos y variados pescados. Sus padres la esperaban impacientes cada noche, temían que la raptaran. Sus hermanos mayores, guapos y fuertes como ella, no la querían mucho y eran indiferentes a su suerte; pensaban que sus padres le profesaban un amor desmesurado mientras que a ellos les desatendían.

Craily era silenciosa y nostálgica. Su cabello negro y largo, así como las bellas pieles que la cubrían, le daban un aire de princesa distinguida y soberana. Los que la conocieron cuentan de ella que le gustaba cantar viejas canciones que relataban amores profundos e imposibles.

El día que cumplió dieciocho años, las voces del amor la llamaron y, tendida en una hermosa playa de arena fina, soñó que volaba y que por fin abandonaba aquellas soledades en los brazos de un tierno amante, cuya apariencia no podía distinguir en sus sueños.

Un día que Craily pescaba con entusiasmo, sintió que un pez mordía suavemente el anzuelo. Con maestría, tiró rápido de la caña, pero no había nada en el extremo. El pez había sido más veloz que ella. Irritada, volvió a colocar un cebo y otra vez lo perdió; hizo varias tentativas, poniendo cada vez un cebo más grande, pero en vano. No tuvo ningún éxito. Enfadada y ofendida por su fracaso, trepó a una roca para intentar divisar el pez que le estaba jugando una mala pasada... Era una mañana de primavera, la bella luz del sol permitía ver

las profundidades del océano. Craily estaba mirando cuando de repente el lobo marino Aquehuahuen* surgió del agua, y con sus tiernos ojos color café, buscó la mirada de la joven. No pudo resistirse a la ternura y al respeto que ardían en aquellos ojos y cerró los párpados. Hubo un gran silencio, el mar se apaciguó, las olas iban y venían sobre la playa con una dulzura inusual. Craily tuvo miedo y deseó huir, pero Aquehuahuen, soplando intensamente, le habló con una voz calurosa y amigable:

–Yo soy el que ha comido tus cebos, reina de la Tierra. Hubiera sido un gran placer dejarme pescar por ti, belleza celeste... Pero no lo hice porque quiero seguir viéndote, frágil ternura del Universo. Llevo meses viniendo aquí para contemplar tu belleza, honor de la naturaleza... Me gustaría vivir contigo –susurró tímidamente Aquehuahuen.

La joven jamás había oído pronunciar palabras de amor con una voz tan ligera y tan suave. No sabía qué decir, pero con su viva inteligencia, contestó:

–¡Gracias por los cumplidos!, pero, ¿usted podría vivir en la tierra para siempre? En lo que me concierne, nunca podré vivir en el océano. ¡Qué horror! Está congelado y es peligroso.

–No creas lo que dicen los hombres, tesoro de mi alma. El mar no se puede comparar con los senderos escarpados y peligrosos que recorren la tierra, luna de mis ojos. Cada vez que salgo del océano, sol de mi vida, mi cuerpo se resiente de las agresiones de las piedras y del sol. Para mí, la tierra es sufrimiento, flor de mis mañanas... No hay nada que se pueda comparar con la

suavidad del mar, puedo vagabundear con elegancia en un territorio sin límites y suave como las nubes. Si tuvieras la posibilidad de conocer los misterios de sus profundidades y el cariño de sus habitantes, nunca regresarías a vivir en la tierra, perfume de mi esperanza.

Así acabó Aquehuahuen, con un suspiro exquisito. Craily, embriagada al escucharle y sin pensarlo, le dijo tímidamente:

–Pero, si me sumergiera en el mar, moriría, ya que provengo de la tierra...

–No si estás conmigo, princesa solitaria –contestó Aquehuahuen.

La joven permaneció en silencio, la mirada perdida hacia el horizonte. El lobo marino, que se había sumergido en el agua para refrescarse la cabeza, volvió y la conversación prosiguió. Las palabras y los gestos trenzaban un auténtico canto de amor. Craily invitó a Aquehuahuen a acercarse a ella y este, rápido como un relámpago, salió del agua para sentarse a su lado. A la joven le parecía que la piel de Aquehuahuen era muy húmeda y muy grasienta, y eso le preocupaba. Pero la mirada tierna y amorosa del lobo marino, los movimientos armoniosos de su cuerpo y el canto de su voz le inspiraban la confianza suficiente para permanecer a su lado.

Finalmente, el tierno amante invitó a la joven a dar un paseo por el mar. Craily le respondió que no sabía nadar y que tenía miedo de ahogarse, pero él insistió con dulzura, diciéndole:

–¡No temas!, reina de mis sueños. Sube sobre mi espalda y no te ocurrirá nada. Seré tu guía y tu protector, estrella de mi vida...

Así es como, una mañana soleada de primavera, Craily y su amado emprendieron, a lo largo de la costa, de la Tierra del Fuego, un gran viaje que los llevó a una hermosa bahía. Allí, el lobo marino depositó sobre la playa a la joven y se tumbó para dormir su siesta. Mientras descansaba, ella pensaba:

–Nunca me separaré de este dócil compañero que me prometió enseñarme el mundo.

Lejos de este idílico lugar, la familia de Craily notó su ausencia. Los padres enviaron a sus hermanos Uram y Paimo en su búsqueda, con el fin de traerla a casa. Habían andado durante muchas horas cuando la encontraron, por fin, en la bahía. Muy contentos, le gritaron:

–¡Craily vuelve! Nuestros padres están muy tristes por tu ausencia.

Pero la joven no les prestó ninguna atención y pidió a Aquehuahuen que la llevara al mar para siempre, porque no quería volver a vivir entre los hombres.

Rápidamente se subió a lomos de su amante y se adentraron en el océano. Sus hermanos no comprendían lo que estaba ocurriendo y seguían llamándola. Les contestó:

–Queridos hermanos, ¡he encontrado el amor! ¡Por fin lo he encontrado! Decidles a nuestros padres que los quiero mucho y que, si no vuelvo nunca más, lo harán mis hijos por mí. ¡Adiós!

Poco a poco, Craily y Aquehuahuen se perdieron en el horizonte. Una lluvia torrencial empezó a caer sobre la Tierra del Fuego y los dos hermanos regresaron tristes a su casa para contarles a sus padres lo que había sucedido.

Unos años más tarde, cuando Uram y Praimo volvieron a la bahía con la esperanza de encontrarse con su hermana, vieron que estaba habitada por extraños animalitos que nunca habían visto hasta entonces, andaban como seres humanos y tenían el cuerpo de un lobo marino... Los dos jóvenes regresaron corriendo a casa de sus padres, afirmando que los pingüinos eran los hijos de Craily que habían vuelto para poblar la Tierra del Fuego. Y, desde entonces, nosotros, los Selknam, mimamos y protegemos a los pingüinos como hijos de Craily y de Aquehuahuen.

2

La pifilka mágica



Fue en tiempos inmemorables cuando nosotros, los Mapuches*, éramos libres como el vuelo del colibrí. Un viejo mapuche poseía una pifilka* mágica y, gracias al hermoso sonido de esa flauta, solía procurar el bien a su pueblo. Los días de sequía se le podía ver encaramado al canelo* y, con una suave melodía, llamaba a la Madre Lluvia, que venía a regar los campos con su ternura de siempre. A todos nos gustaba la flauta del anciano y creíamos en sus poderes.

Un día de otoño, mientras nuestros bosques se despojaban de todas las hojas verdes que iban enrojeciendo

hasta caer en la Madre Tierra, coloreadas de un amarillo profundo, un joven guerrero se acercó corriendo a nuestro viejo músico y le dijo:

—¡Abuelo! Se encaminan hacia nuestras tierras poderosos enemigos que quieren someternos a la más cruel esclavitud. Por eso el Consejo de los Ancianos me envió a buscarte, para que nos ayudes a vencerlos.

—Hijo, regresa tranquilamente ante los caciques* y diles que muy pronto iré con mi pifilka mágica para ayudarles a vencer.

El mensajero volvió ante los caciques y les contó lo que dijo el viejo. Todos se alegraron, se organizó un vasto ejército, juntando a todas las comunidades de la región. Tres días más tarde, el hombre de la pifilka mágica, acompañado por el ciervo de las montañas*, salió de su cabaña y se fue al encuentro de sus hermanos. Estos lo esperaban en las profundidades del bosque. Cuando llegó, el viejo hombre reunió a todos los jefes y les dijo:

—¡Hijos míos! He venido hasta aquí para que, juntos, defendamos nuestra tierra y nuestra libertad. Estoy feliz de ver que estamos unidos como un único hombre mapuche, pero cuidado, yo ya soy muy viejo y pronto me iré al encuentro de mis antepasados en el Mundo de Todos*. La pifilka quedará en vuestras manos, pero conservará sus poderes mágicos solo si seguís adorando y respetando a la Madre Tierra, así como a los dioses que la protegen. Si todas las ceremonias dedicadas a nuestros padres fundadores se prosiguen de manera aplicada y constante. Prometedme que mis consejos se escucharán y os ayudaré a vencer al enemigo con mi flauta.

Los caciques se levantaron, colocaron su mano izquierda en el pecho y, a coro, dijeron:

—¡Te lo prometemos, gran señor! ¡Y que nos castiguen los dioses si fallamos!

A la mañana siguiente, todas las comunidades mapuches partieron al encuentro de los invasores. Delante de la primera columna de arqueros, caminaban los caciques lujosamente vestidos y, en el medio, el anciano de la flauta.

De repente, uno de los ojeadores, que llevaba una ventaja de un cuarto de legua, llegó gritando:

—¡Hermanos!, ¡hermanos! Los invasores vienen por la izquierda y traen tubos de acero que lanzan el trueno y los rayos. Los hombres son enormes, vienen a caballo cubiertos de una armadura metálica. Estos hombres tienen tanto cabello que parecen osos salvajes.

—¡Silencio! —gritó el anciano—. Todo el mundo a su puesto en silencio absoluto. Pifilka mágica, hecha con el canelo sagrado, escucha la tierna voz de tus hijos y transforma en piedra a todos los pájaros del bosque, que se abatirán sobre las cabezas de nuestros enemigos.

El viejo sacó de un bolsito la extraordinaria flauta y se puso a tocar una dulce melodía. Mientras la música rompía el silencio del bosque, todos los pájaros echaron a volar hacia los invasores... El jefe de los intrusos, subido sobre un enorme caballo negro revestido de una armadura, mandó parar a su ejército y gritó:

—¿Qué música es esta que procede del bosque y espanta a los pájaros?

—¡No son pájaros, su señoría! —respondieron los demás—. ¡Son piedras que caen sobre nuestras cabezas! ¡Ay, ay, ay, ay!

Las piedras caían por centenas sobre los soldados conquistadores y estos, desesperados, corrieron a esconderse en las cuevas. Muchos permanecieron en el suelo, heridos y los que pudieron escapar estaban muy sorprendidos e intentaban comprender el sentido de la música misteriosa que todavía salía de la pifilka mágica.

En el campo de batalla, los guerreros mapuches, eufóricos, estaban a punto de salir del bosque para acabar de una vez por todas con los extranjeros enemigos cuando, el viejo de la flauta, se interpuso y dijo:

—¡Calma, guerreros mapuches! ¡Permitan que mi pifilka dé otra lección a estos insolentes!

Un vez más el silencio se apoderó del bosque y el viejo músico se puso a hablar:

—¡Pifilka mágica, hecha con la madera del espíritu del canelo sagrado, haz que cada roca, cada piedra de estas cuevas se convierta en una gota de agua!

La flauta empezó a cantar en la boca del anciano y la música, una melodía quejumbrosa, ascendió de la tierra hacia el cielo, luego descendió lentamente para penetrar en el interior de las cuevas, donde se encontraban los españoles.

—¡Silencio! —gritó el general jefe—. Llega esta maldita música otra vez a mis oídos. ¿Qué ocurre?

—¡General, las piedras y las paredes se transforman en agua! —gritaban los soldados desesperados—. ¡Hay que salir de aquí, general, hay que salir! Si no, nos ahogaremos todos. ¡Socorro! ¡Socorro!

Así es cómo un diluvio de agua, de tierra y de piedras, salió de la cueva, llevándose por delante a los soldados, caballos y armamento. Los pocos hombres que consiguieron escapar fueron detenidos por los guerreros mapuches. El viejo de la flauta les dirigió un bello discurso sobre el amor a la tierra y a la libertad. Después de darles de comer, los liberó, instándoles a no volver nunca a nuestros territorios.

Pero, en cuanto los invasores emprendieron su retirada, los guerreros y los caciques organizaron una gran fiesta, olvidando por completo las ceremonias de agradecimiento a los dioses y, sobre todo, al anciano de la flauta mágica. Y cuando el Malón* estaba en su apogeo, estalló un fuego enorme en el centro del bosque y todo el pueblo mapuche pudo ver al viejo y al ciervo de la montaña elevarse hacia el cielo, dejándonos solos y desamparados. Por eso, dos siglos después, otros hombres llamados chilenos, nos invadieron y, hoy en día, somos un pueblo sometido. Cuando la nostalgia de la libertad nos asalta, miramos hacia la Madre Luna y, en lo alto, vemos al viejo de la pifilka mágica y al ciervo de la montaña errando por el Universo.